

(lectura no-americana de América y sus confines).

Patricio Landaeta Mardones

Patricio.landaeta@gmail.com

Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar

Sec y Tunc. P.UNCuyo

Ponencia: Jornada de Intercambio argentino-chileno sobre pensamiento latinoamericano INCIHUSA - CRICYT. Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas.

Resumen:

La filosofía en estos días comparte, junto con otras disciplinas, como la psicología social, la sociología, la antropología, una fuerte inclinación hacia las cuestiones éticas y políticas afirmándose como las más solicitadas por las cabezas pensantes de nuestro naciente siglo y el que le precede. Los asuntos emblemáticos de tales discusiones, sin embargo, son desde hace tiempo conocidos por las ciencias sociales sin por ello haberse agotado su constante re-vuelta conceptual. Nos referimos hay, que decirlo, desde una perspectiva ética, a la importancia de la problemática del otro, sobre todo lo que dice relación a su “diferencia” y posibilidad de “integración” en la comunidad, y desde una perspectiva política, la renovada discusión acerca de la necesaria participación de *todos* para la configuración de aquel “nosotros” que hace comunidad “en” diferencia. Lo que parece jugarse, visto desde la mejor de las voluntades, es entonces de entrada una fuerte discusión acerca de la relación de esa diferencia asumida con la apertura (de la comunidad política) a la integración en torno a un nosotros que se hace en una época en que también el individuo asume su singularidad, su “otredad” y quiere hacerla efectiva “en” comunidad.

Sin embargo, si centramos nuestra discusión en el contexto latinoamericano (por exhibir uno de los nombres que recibirá eso que descubrió Colón), nos encontramos con que existe una identidad cobrada muchas veces en un imaginario que proviene desde el único nosotros autorizado a tener la palabra, el europeo o, si se quiere el hombre blanco. En este sentido el otro -que somos nosotros a luz de la palabra clara y distinta del que detenta la palabra-, el latinoamericano es significado y reterritorializado en una imagen que no hace sino atribuir o exacerbar ciertos rasgos muchas veces caricaturizados que nada dice, sin embargo de su singularidad. Tal vez estos puedan indicar ciertos atisbos de nuestra historia que va a tientas entre mito y logos, pero ha dado forma, sin lugar a dudas al laborioso camino de la madurez del pensamiento “latinoamericano”: su occidentalización ha pasado por ser más una justificación que una construcción, reconstrucción o deconstrucción de aquella imagen impuesta desde Colón mismo; desde estos meridianos antes de hablar de nosotros hemos tenido que especificar qué somos como si nuestro principio de razón no fuera sino uno contingente: si indios, si mestizos, si hijos o bastardos.

En todo caso –y a muchos les place- lo que ha caído en gracia es la autodenominación de nuestra cultura como “híbrida”, como si de esa forma estuviésemos de plano resolviendo el vaivén de nuestras raíces y no simplemente desplazando la pregunta por una identidad que se construye desde el apropiamiento de una imagen que hable de un nosotros-otro y no ya simplemente desde una “otredad absoluta”.

Estas líneas siguen la reflexión de Miguel Rojas Mix en torno a la relación de la imagen con la posición que le ha tocado jugar a la mitad de este continente y al papel del intelectual con relación al significante que sirve de base a todas las reterritorializaciones operadas por las ciencias sociales en su tratamiento con “eso” que somos y que insistentemente vuelve como objeto de estudio en vez como un agenciamiento o empoderamiento de nuestra situación radical.

Palabras Claves: Miguel Angel Mix - imágenes - simulacros - América

Tal vez, la mejor y más paradójica de las formas de plantear el problema de la identidad de América y de la integración en la comunidad política de los que participan de una “americanidad”, sea dar comienzo a nuestras cavilaciones desde su imagen descentrada o múltiple: americano pareciera identificar o reagrupar rasgos de aquellos que “forman parte” pero que son por sí mismos inidentificables entre sí: “América latina vive en una incertidumbre de identidad, de denominación. Distintos sectores se identifican con distintas imágenes culturales...pues la identidad está asociada a una iconografía que expresa los conflictos coloniales y las estructuras sociales y de poder”¹, estas son palabras del pensador chileno Miguel Rojas Mix, que pretenden ver en el fenómeno de la multiplicidad especular de las imágenes la condición necesaria de la pluralidad de los nombres de América, en base al hecho de que a su vez estas imágenes constituyeron en su momento y hasta nuestros días verdaderos agenciamientos de poder de parte de una elite dominante, o bien de una clase por mucho tiempo oprimida.

La tipología de dichas imágenes abrirá para Rojas Mix principalmente dos horizontes para su tratamiento en torno a la siguiente tipificación: identidad impuesta e identidad reivindicada². Esta distinción, esta doble maniobra en torno a la identidad hacen de la cuestión de la integración una cuestión problemática pues ésta aparece oscura y confusa cuando no sale a la luz el “lugar” desde cual se proyecta o se llama a la integración. Para pensar la integración será necesario en un primer momento determinar el sello, la marca que ha recaído sobre los individuos singulares, como si dijésemos que estos han sido ya significados “antes de que ellos mismos aparezcan en su singularidad y diferencia, y esto se entiende desde la perspectiva del pensador chileno, en la exhibición de los nombres que ha recibido tanto el habitante de estas tierras como el territorio que lo acoge. Será necesario plantear la cuestión de los nombres para comprender cual será su relación significativa con la integración en la comunidad política.

Pareciera que, metodológicamente la cuestión de la identidad y el problema de la imagen es previa a la de la integración: en un primer momento de la historia de América, los residentes son ordenados de acuerdo a un principio homogéneo y castrante. La idea del indio, el mismo nombre en su dimensión significativa, funciona como dispositivo de control de la diferencia, fase negativa que permite que comparezcan en torno a lo “mismo” -lo bárbaro- como lo “otro” que debe civilizarse, vale decir, la idea de indio, opera como aparato de integración exclusiva. En el mensaje del hombre blanco, es la imagen creada del bárbaro la que legitima el no reconocimiento de su cultura y la imposición de una identidad que deberá ser asumida como propia.

¹ Cf. Rojas Mix, Miguel, *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, p. 23 y s.s.

² Cf. *Ibíd.*, p. 19 y s.s.

En este sentido, de acuerdo a Rojas Mix, los nombres han jugado un papel fundamental en la construcción de la identidad del habitante de las tierras descubiertas (o tal vez cubiertas) por Colón: Indias, Nueva España, Ultramar, Amerindia, Colombia, Colónica, etc.; Este es el punto de ebullición de nuestro asunto: con la llegada del hombre blanco y la posterior dominación de América, el destino de los vencidos, quienes recorrían estas tierras en su ancho y largo hubieron de recrearse una identidad, dejar lo que se había sido, sus dioses y costumbres, y adaptarse al regalo que traía consigo el visionario navegante, el Progreso, la cultura y la religión: perdieron su identidad para cobrar una impuesta, que lentamente pasa a formar parte de su propio imaginario, pero esto no sería pensable sino bajo la certeza del conflicto de la identidad de los pueblos con la imagen impuesta por el occidental que pisaba estas tierras enterrando la imagen singular de sus habitantes: dicho de otra forma, el azteca pasaba a formar parte, junto a otros pueblos conquistados y aglutinados en la categoría o significante de “indio”, de lo que “no forma parte” en una imaginaria castrante e indiferenciada. De eso que no forma parte no tenemos más que su indiferencia, pues no puede ser reunido en torno a eso Mismo que hace comunidad con lo que si eso “otro” permanece al interior del perímetro alzado como límite de lo común, lo hace en el modo de una huella, una marca que no es el signo de su inscripción cuanto de su exclusión, de su emergencia que es en este caso negativa. El otro -o “ellos” dicho desde una distancia inconmesurable- en este caso deviene en seguida aquello que “no debe ser”, una excepción que como tal se le confiere un no-lugar o bien un sitio virtual que como un limbo amenaza con existir, con hacerse real pero que por el principio de la fundación de un espacio propio, desde siempre ha llegado tarde para comparecer entre los fundadores. El otro a la luz del Nosotros que impone una identidad posee el modo de ser inalcanzable de una presencia sin presente, borrosa, imperceptible, y sólo puede comparecer como aquello subsumido, como aquello otro que debe ajustarse a la ley y que debe representarla y manifestada ahora en su cultura:

“ellos que estaban acostumbrados a narrar y ver desplazarse los personajes de sus códices y frescos. Ellos para quienes la imagen era escritura, se convirtió ésta en decorado, ellos, para quienes la imagen era realidad, el dios mismo con el cual comunicaban y a quien incluso podían convencer, porque los necesitaba para alimentarse en sus sacrificios, tuvieron que pintar y esculpir para otro dios, para reverenciarlo y transmitir sus enseñanzas y sus emociones místicas. Hicieron imágenes para obedecer y no para mandar ¡obedecer además a un Dios vencido! Debieron abandonar sus personajes de rostros serpentígeros y colores simbólicos para adoptar la belleza barbuda y la piel rosada, que el arte debía imitar, no del hombre sino del conquistador”³.

A partir de esto, y hasta nuestros días, persistiría desde la perspectiva de Rojas Mix, el conflicto de la identidad impuesta y la reivindicada. La primera, como tratamos de explicar, es fruto de la homogeneización de la diferencia, funciona en su rasgo de significante como aquello que permite la mirada recortante del rasgo común de aquellos que difieren por naturaleza del patrón impuesto por el conquistador. La segunda, que comenzamos a explicitar como forma esencial para la construcción de una identidad, se da en un primer momento, como forma de reacción contra los estereotipos, para luego darse plenamente en la gestación de una imagen positiva.

Si la identidad impuesta opera como la figuración o recubrimiento o deslizamiento de una idea (o significante) por sobre la emergencia de los individuos reales, si opera como la tachadura del individuo en su diferencia, y la definitiva “forclusión” del rasgo tribal de los pueblos precolombinos, es porque no existe reconocimiento de aquello que no se comprende,

³ *Ibíd.*, p. 34

no existe aún una antropología que soporte el semblante de un hombre en éxtasis o una economía que contemple para sí el gasto, el derroche y el sacrificio.

Pues bien, con la conquista y evangelización del continente la “imagen impuesta” se convierte en propia, pasa a formar parte, pues son ahora los mismos individuos sometidos los que integran para sí este rostro tejido por el dominador: “La alteridad se transforma en identidad cuando la efigie o el cromo creado por la mirada ajena, se integra en la visión de sí mismo”. Y lo fundamental de la cuestión de esta asimilación de la “imagen impuesta” se juega en que siendo tachada su singularidad, se hace imposible la transmisión de la diferencia. Sólo ciertos rasgos permanecen, pero desdibujados y carentes de las potencias de esa “otredad” que fecundaba y enriquecía las tierras precolombinas.

Partiendo entonces de esta mirada hacia el pasado, vemos que nuestro presente más próximo depende de cómo nos planteamos ante esta cuestión de la imagen, vale decir, de hacernos cargo o no de esa imposición y posterior naturalización de la imagen que imprimió e inscribió el europeo al rojo vivo. Sólo de esa forma podremos comprender la labor de reivindicación de una identidad para siempre perdida en el contacto entre América y el nuevo mundo. La reivindicación, como trabajo de simbolización, tal vez pasa contemporáneamente por la elaboración de un lugar para la memoria de un recuerdo mañoso que se pierde en la confusión de relatos que agotan su función en recopilar la superficie de lo tachado, su vestimenta, su maquillaje que tiene sin embargo por un imposible la venida a presencia o recuperación de aquello perdido. Por este motivo, la forma de la “identidad reivindicada” no pasa sino por ser simbólicamente “la búsqueda de la dignidad perdida, de una personalidad tachada, de un personalidad borrada por la figuración manida”, pero de cierto punto de vista condenada a la continua elaboración de símbolos que permitan mirar más allá de la huella que pervive tras la tachadura.

Pero cabe preguntar ¿cuál es la relación de ese pasado perdido con nuestro presente? ¿Cuál es la relación entre la reivindicación de una “imagen perdida” y la creación y proyección de una imagen para el porvenir de una América múltiple? Esa pérdida es la condición de la construcción de una identidad a partir del agenciamiento de una imagen. Según Rojas Mix la tarea de los vencidos ha pasado por la asimilación de esa imagen impuesta y su posterior deconstrucción que permitió hacer ver la potencia oculta en la afirmación y asunción de la identidad impuesta, en el sentido de darle vida a ese rostro que dibujó la mano extranjera y utilizarlo contra la dominación como fuerza revolucionaria. También ha significado el distanciamiento de aquellos nacidos en tierras americanas pero con sangre acarreada del viejo mundo que guardan para el de rostro oscuro y curtido la misma imagen del bárbaro, asegurando su superioridad en el prestigio consanguinío de la pureza de raza en una tierra que casi siempre mira allende sus fronteras. Pero en otras ocasiones ha significado de parte de algunos la renuncia o el extrañamiento para permanecer como extranjeros en la propia tierra, en constante búsqueda o reconstrucción de una identidad sin origen, repetición sin original sentada en el simulacro, en la creación de una identidad anclada en el futuro.

No siendo suficiente problema el de la relación paradójica entre la identidad impuesta y la identidad reivindicada, se nos plantea el asunto relativo a la integración como dimensión ético y política del problema de la identidad de América. Nos referimos desde una perspectiva ética, a la importancia de la problemática del otro, sobre todo lo que toca a su “diferencia” y posibilidad de “integración” en la comunidad, y desde una perspectiva política, a la necesaria (y tal vez utópica) participación de *todos* para la configuración de aquel “nosotros” que hace comunidad “en” diferencia. Sin embargo, si centramos nuestra discusión en el contexto “latinoamericano” nos encontramos con que existe una identidad de ese “otro”

cobrada la mayor de las veces a partir de un imaginario que proviene de aquella mirada eurpeizante y europeizada que reproduce la idea de la “identidad impuesta”, que venimos mencionado. En este sentido el “otro” es significado y reterritorializado en una imagen que no es sino la concentración y “coagulación” de rasgos caricaturescos que nada dicen, sin embargo de nuestra singularidad. Tal vez estos puedan indicar ciertos atisbos de una historia que va a tientas entre mito y logos, pero ha dado forma, sin lugar a dudas, a un vacío que reproduce la identidad de un imaginario que mira al pasado buscando su origen perdido.

Como consecuencia de lo anterior, la occidentalización de América ha pasado por ser más que una construcción, reconstrucción o deconstrucción de aquella imagen impuesta desde el encuentro con el nuevo mundo, una justificación de nuestro modo de ser: desde estos meridianos antes de hablar de nosotros hemos tenido que especificar qué somos como si nuestro principio de razón fuera de prestado: si indios, si mestizos, si hijos o bastardos. En todo caso –y a muchos les place esta idea - lo que ha caído en gracia es la autodenominación de nuestra cultura como “híbrida”, como si de esa forma estuviésemos de plano resolviendo el vaivén de nuestras raíces y no simplemente desplazando la pregunta por una identidad que se construye desde el apropiamiento de una imagen que hable de un nosotros-otro y no ya simplemente desde una “otredad” con un origen perdido.

Estos derroteros nos llevan a plantear la cuestión de la integración y su relación con la comunidad desde una perspectiva tal que permita reconocer el lugar desde el cual se reclama la integración y con ello queremos decir que es absolutamente necesario tener en claro el tipo de identidad que se asigna o el tipo de identidad que se reconoce de eso otro llamado a la integración, pues sucede que la estrategia que vemos operar tanto en la colonización como en nuestros tiempos cuando se habla del “otro” consiste en hacer del otro una imagen aprehensible que como una máscara se anteponga a la singularidad y diferencia: Se le confiere un contenido, un significado, se lo hace comparecer mediáticamente como lo que merece nuestro auxilio (otro-miseria, por ejemplo), o como lo que debe ser destruido sin escatimar en esfuerzos marcados por la violencia (otro-terrorismo, por ejemplo). Esta imagen que suplanta la emergencia fugaz del otro en el campo del Nosotros pretende ocultar la dependencia esencial del Nosotros al otro por la que crea agenciamientos específicos de visibilidad y control. Por este conducto vemos que gracias al estableciendo de un otro-tipo se hace más fuerte la imagen pública de un Nosotros que se da en gratuidad a eso otro para arrancarlo de su denigrante situación que justamente acaba una vez que el otro se convierte precisamente en un Nosotros- lo cual es un imposible- o simplemente deja de existir (insistir). El procedimiento por el que esto ocurre tiene la forma de una reterritorialización por la que el otro es fijado en una imagen identificable, reconocible y fácilmente digerible. El otro es por ese procedimiento situado y asignado a un espacio determinado pero que no puede habitar, es forzado a entrar en un traje que no puede vestir pues está allende los límites que impone el Nosotros: esa diferencia, sin embargo, escapa a la palabra que le confiere a su existencia incluso una región marginal. El margen, en realidad está en todas partes. El no-lugar del otro está siempre dentro del lugar del Nosotros, es por ello que en vistas de la fragilidad de la construcción del Nosotros, esa “común-idad”, tiene por tarea sobrecodificar, reterritorializar, segmentarizar aquello que es un mero flujo y nunca una unidad identificable *per se*, pues eso otro, no obedece meramente a las figuras visibles de la exclusión: Para alcanzar un dominio relativo sobre el otro, el Nosotros debe salvaguardar que el perímetro de su centro esté a salvo de todo flujo delirante, por lo que incurre en las operaciones descritas de homogeneización como si de esa forma lograrse mantenerse fuera del alcance de aquello que amenaza la pureza del territorio. Sin embargo, claramente el otro no puede desaparecer absolutamente del horizonte del Nosotros puesto que su propia constitución requiere necesariamente un excluido: el centro, el lugar, implica pues ese no-lugar al que ha sido confinado lo impropio, pero también para temblor del Nosotros, ese margen, ese no-lugar se halla inscrito de manera

relativa dentro del lugar al sobrepasar los juegos de dominio por parte de éste: el Nosotros borra al otro de su presente pero de esa forma éste circula casi imperceptible entre las líneas del Nosotros. De esta forma pasa a ser un nosotros-otro como simulacro, con una identidad creada, producida en el límite que llama a recobrar América con las raíces en porvenir:

“...Es un problema de creación. La mirada hacia el pasado se tiende desde la realidad y con visión de futuro. Es la realización del proyecto lo que irá seleccionando su pasado. Sólo los ingenuos pueden creer que la historia es desinteresada...la identidad América latina será lo que hagamos de ella. Por eso sus raíces están el futuro”⁴.

⁴ *Ibíd.*, p. 400